

## Los Libros

LA LITERATURA DE CHILE, por *Mariano Latorre*. Buenos Aires, 1941

Mariano Latorre, nuestro novelista, ha sido designado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para trazar el panorama literario de Chile, destinado a la serie «Literaturas americanas».

El autor de *Zurzulita* no es un crítico profesional, mas su conocimiento de las letras chilenas asegura, desde luego, que la visión panorámica de ese extenso y pródigo campo tendrá en él un eficiente expositor. Como profesor de Literatura—de prolongada experiencia didáctica—posee el rigor y la disciplina mental para establecer un orden escalonado de calidades en la abundante producción literaria de su país.

Mariano Latorre ha compuesto este libro con una serie de conferencias dictadas en la capital argentina, aclaración que estimamos indispensable y fundamental para comprender la contextura interna de la obra y su aparente superficialidad. Es decir, lo que aquí se juzga va destinado a un público extranjero y a las masas estudiantiles del país. Núcleos que exigen, más que análisis completos y profundos de la cultura, visiones de conjunto que abarquen extensas zonas del pensamiento. Es este libro una interpretación de todos los aspectos de la literatura chilena con exclusión de la historia, la crítica y el teatro, que han sido suprimidos por lamentables razones de espacio.

El volumen debuta por un interesante capítulo, «El paisaje y el hombre», en el que el autor traza una visión acabada de la tierra chilena en cuanto ésta es teatro de la vida social, política y cultural. Cree el señor Latorre en la influencia del medio ambiente. «La literatura—dice—en su expresión más original y realizada, es un producto del medio y de la evolución social». Lo que Ortega ha llamado «el hombre y su circunstancia». La vida humana—es evidente—responde a fatales leyes de causalidad psico-física que no pueden desconocerse cuando se tiende a desentrañar la génesis remota de las cosas.

Esta larga faja de tierra, definida en el primer capítulo «como una huerta que tiene una mina a la espalda y una barca pescadora por delante», explica muchas cosas si se le mira desde ese punto de vista de la correlación entre lo telúrico y lo puramente humano. En esta longitudinal extensión, el valle central y los valles transversales representan el carácter permanente y sus posibilidades, la riqueza minera y la abundancia de su fauna marítima. El valle central es la patria del huaso, elemento étnico que representa a Chile más que el roto andariego y desarraigado. De aquí parece querer llevarnos el autor a la conclusión de por qué la novela chilena, en general, deba ser de campo—el huaso—más que de ciudad—el roto.

El primer capítulo, que sirve de introito o, mejor, escenario de la parte esencial crítica, constituye una bellísima página en la que Chile está descrito de norte a sur en todos sus variados aspectos. Pensando en los lectores extranjeros, su inclusión—aparte esas otras razones que el autor anota en las «palabras de introducción»—no puede ser más acertada. En una serie de estampas impresionistas, con metáforas atrevidas y muy poéticas, el escritor—que tan cabalmente conoce esta tierra—la describe sin olvidar ningún rincón. Para él la cordillera constituye el cercano porvenir, los valles transversales son la tierra mística, el Aysén, el equilibrio entre la tierra y el mar, y Magallanes los pies hundidos del continente.

Y tras esto entramos en los escritores de la Colonia que hacen—empezando por Ercilla—en su mayoría, una apología de Arauco y de la raza araucana, cosa natural si se tiene en cuenta que por ser lo más fabuloso y extraño a los conquistadores fué lo que más excitaba su vena literaria. Gracias a don Alonso de Ercilla, el mito étnico de Arauco ha persistido a lo largo de los siglos, afirma el autor. Oña y Alvarez de Toledo constituyen todavía una prolongación de la influencia europea, que al incidir con el duro ambiente chileno da una visión absolutamente falsa. La sensibilidad es más europea que americana.

En Ovalle sí encontramos ya un escritor que poseyó en grado sumo el acierto de captar el paisaje de su tierra nativa. Latorre le da el título de «gran poeta de América». Más tarde otros cronistas aventajan al padre Ovalle en hondura de la visión, pero ninguno le gana en las dotes literarias y en el dominio estilístico de la prosa. En la literatura posterior abundan los cronistas, y la influencia jesuíta se hace patente. Surge más tarde el «caso» Lacunza. El padre Lacunza es una extraña figura con la que se da «la realización del aislamiento y del miedo coloniales». En su modalidad constituye Lacunza un caso sui-generis en la literatura chilena y aun en la del continente. En *La venida del Mesías en gloria y majestad* se muestra intrincado y difícil. Sus otros escritos son más ligeros y de un estilo más literario.

El capítulo III debuta con un novelista de la sociedad chilena: Alberto Blest Gana. Para Mariano Latorre el autor de *Transplantados* ha permitido el desarrollo de la novela posterior. Muy influído por los escritores europeos, Gana supo, sin embargo, interpretar y calar en lo más hondo del Santiago de caserones coloniales. Su fecunda obra acusa un novelista de recia contextura.

Otros escritores posteriores son Barros Grez, Moisés Vargas. Luis Orrego Luco trae una nueva visión de la novelística. Aunque discípulo de Blest Gana su técnica deriva del natura-

lismo zolesco. Los nombres de Emilio Rodríguez Mendoza, Fernando Santiván, Díaz Garcés, Augusto d'Halmar, Edwards Bello y González Vera completan la brillante constelación de la novela santiaguina.

Otro capítulo se ocupa de la novela de provincia, señalando a Pérez Rosales, Senén Palacios. Mariano Latorre se incluye en este capítulo haciendo referencia a su novela *Zurzulita*. Latorre describe por primera vez—en la novela—la cordillera de la costa, El huaso, las escenas campesinas, la flora, la fauna, típicamente chilenas tienen en el autor su intérprete máximo. Mariano Latorre es un escritor con toda la pureza prístina de quien toma los elementos de su tierra nativa como personaje fundamental de la ficción.

La buída visión del novelista y profesor sigue en páginas posteriores analizando los caracteres diversos de la literatura chilena. Otros nombres se deslizan: Victoriano Lillo, Manuel J. Ortiz—novelista deformado por la pedagogía—, Juan Modesto Castro con sus huasos cordilleranos y Francisco Hederra que describe en *El tapete verde* la vida de una ciudad provinciana. Valparaíso tiene sus intérpretes en V. Lillo, en Edwards Bello, con su mejor novela *Valparaíso, la ciudad del viento*. Salvador Reyes, que ensaya la novela de aventuras. El norte figura con Tancredo Pinochet, con sus relatos de viajes, Honorio Henríquez, pintor del paisaje y Víctor Domingo Silva que ha descrito la pampa salitrera.

El sur está representado por A. Acevedo Hernández y Luis Durand. Este supo captar de manera justa la vida de un pequeño pueblo en su novela *Mercedes Urizar* que tiene—además—una figura admirable de mujer. El extremo sur con sus ventisqueros, sus islas, su soledad, ha producido obras de valor desigual. A los nombres de Franco Brzovic, Juan Marín y Coloane habría que añadir el admirable libro *El hombre y la soledad en las tierras magallánicas*, de Domingo Melfi.

Y aquí plantea el autor el problema de la falta de una no-

vela que sea la síntesis de la vida chilena. La diversidad de paisajes, la pampa, el valle central, tan diversos entre sí, están imposibilitando una obra de aliento total que sea el resumen de tan diverso escenario.

Dos características fundamentales señala Latorre en el cuento americano: 1.º influencia europea evidente en los elementos técnicos y 2.º formación reciente. La temática es lo único autóctono.

El precursor es Victorino Lastarria. A través de los «cuadros de costumbres»—tan españoles—se llega más tarde a Daniel Riquelme, quien merece ya el título de cuentista. Federico Gana, influido por los rusos, intenta la nueva técnica. Estamos en el «corte en la vida» de los franceses. La imaginación viene con d'Halmar, pues «trae a la literatura de su tiempo el claroscuro del misterio, la poesía del viaje». La sensibilidad moderna está representada por E. Bunster, Gloria Nova, Braulio Arenas, María Luisa Bombal, etc.

En la poesía, Mariano Latorre ha estudiado lo más fundamental. Su análisis está hecho a base de una íntima coincidencia espiritual con los autores. Son muy interesantes sus notas sobre Jorge González Bastías, Pablo de Rokha y, sobre todo, Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Juvencio Valle. En Neruda adivina dos caracteres antitéticos: por un lado un materialismo elemental; del otro, una sorprendente intuición psicológica. Gabriela Mistral es un fenómeno de pasión incontenible, «carne fuerte de criolla que anhela la satisfacción del amor. Gabriela Mistral viene de Elqui, su valle natal. La aspereza de esta huerta estrecha, quemada por un sol de fuego, de sus cerros desollados y de sus duraznales fragantes, vibra en el grito ronco de su poesía y es su aporte a la lírica chilena de estos últimos tiempos». ¡Extraordinaria captación del alma de Mistral la realizada por Mariano Latorre!

Termina el estudio de poesía, postrero del libro, con la evocación de dos poetas modernos de Santiago: Julio Barrene-

chea y Juan Negro «unidos para mí en una sutil quintaesencia no han hecho de su drama interior ni una agonía mística ni una trágica rebelión».

Se trata de un excelente libro de divulgación para quienes no deseen ahondar profundamente en la literatura chilena. Mariano Latorre se ha esforzado en dar a cada uno su parte, dentro de las dificultades de una obra de este género. El autor, con su conocimiento y su amor por la literatura de su país, ha hecho una labor bastante justa, a nuestro entender. Con sus dotes de artista, la ha vestido con el ropaje de una prosa galana.—ANTONIO R. ROMERA.



NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS. por *Arturo Rioseco*.—Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1939

Editada hace dos años, nos ha llegado recientemente de la Editorial Nascimento la extensa obra que sobre novelistas hispanoamericanos reuniera hace no mucho tiempo el escritor chileno Arturo Torres Rioseco, doctor en Filosofía y Catedrático de Literatura hispanoamericana en la Universidad de California. Se da en ella un panorama en conjunto de la novela que imperaba en América antes de la aparición del vanguardismo, afirmando entre el medio y la obra las más estrechas relaciones, como continuándose a través de la personalidad del escritor que toma el material entregado por la Naturaleza, transformándolo en algo si no distinto sí con nuevos caracteres que lo hagan ascender a categoría de obra artística. Así, sin negar la verdad de Gide cuando afirma que sólo el arte es lo no natural. Torres Rioseco afirma la estrecha sujeción de la novela, o del primer impulso que la inicia, a la tierra donde es creada. Si la tierra es posible sin arte, en cambio el arte es imposible sin ella: como por un sistema de vasos comunicantes uno y otra conviven: la tierra alimenta, en tanto que el arte es alimentado.